

SOBRE LA ORACIÓN

Dos Cartas de Moisés David

Un artículo de Andrew Murray

Corta Biografía de G. Muller

Un artículo de George Muller

ÍNDICE

<i>ARTÍCULO</i>	<i>PÁGINA</i>
La Eficacia de la Oración - Moisés David	3
La Operadora - Moisés David	5
El Poder de la Oración Perseverante - Andrew Murray	7
Vida y Obra de George Muller	12
La Verdadera Fe - Gorge Muller	12



LA EFICACIA DE LA ORACIÓN

David Brandt Berg

El Señor ha dispuesto que mucho dependa de nosotros, de nuestro interés y nuestras oraciones. Si uno clama a Dios albergando escasas expectativas, recibe una respuesta a medias. En cambio, si clama de todo corazón recibe una respuesta ¡clara y contundente! Cuanto más intensa sea la oración, con más nitidez se verá reflejada. Dicho de otro modo, será respondida con la misma intensidad con que se origine, como cuando se proyecta un haz de luz sobre un espejo. Se refleja con el mismo ímpetu con que fue emitida.

El Señor obra mayormente conforme a nuestra actitud: si nosotros oramos con todo nuestro empeño, Él actuará. Muchísimo depende de nosotros, de nuestra fe y de nuestras plegarias, y de lo que nosotros queramos que haga. Mucha gente tiene una actitud un poco cómoda y por lo visto piensa que el Señor lo hará todo, pase lo que pase. Lo cierto es que en gran medida depende de nosotros.

Él quiere que demos interés y que oremos, que seamos específicos. Si rogamos con certeza, cada una de nuestras oraciones será oída y respondida.

Mientras que si no lo hacemos, no ocurrirá nada. Muchísimo depende de uno. En cierto modo, hay que visualizar a las personas por las que se ora y rezar pensando específicamente en ellas, pidiéndole al Señor que haga tal o cual cosa por ellas. Y luego darlo por hecho. Es más, muchas veces el Señor responde antes de que clamemos a Él, porque sabe de antemano que lo haremos.

El apremio, la seriedad y el afán con que se ruega se ven reflejados en la respuesta. ¡Nuestras oraciones lo determinan todo! Al igual que una onda captada y retransmitida por un satélite, las plegarias se reflejan con la misma energía con que fueron emitidas en un principio. La potencia de la corriente generada determina la fuerza con que la misma será transmitida y recibida. Los receptores reciben un voltaje equivalente al que se envía. No obtienen más de lo que se emite.

(Pregunta: ¿Qué hay de cuando uno reza por alguien una sola vez en la vida?) La oración se asemeja a lo que ocurre al encender un interruptor: requiere un esfuerzo. Pero una vez realizado ese esfuerzo, se abre paso la corriente. Aunque tal vez se tarde años en recibir la respuesta, tarde o temprano llegará. Es como cuando se hace rebotar una frecuencia de radio en un planeta distante. Aunque tarde un poco, llega de vuelta.

(Pregunta: ¿Por qué ciertas respuestas tardan más en llegar que otras?) Cuando la NASA decide enviar una expedición a la Luna, ¿por qué elige una fecha determinada? Porque, por ejemplo, si se tarda tres días en llegar, será necesario que en ese momento la luna esté en el punto más cercano

posible, para que cuando partan de ella, todavía esté lo bastante cerca de la Tierra como para regresar.

Un viaje a la luna depende tanto de la posición de la Tierra como la de la Luna en el momento dispuesto para emprender el viaje. Así pues, los cuerpos celestes regulan el tiempo y hasta cierto punto nos regulan también a nosotros (David ora:) Señor, simplifícalo. (Inmediatamente ve una imagen:) El billar es el más científico de los juegos, dado que se basa en el rebote de bolas. Es asombroso ver a un jugador hábil disparar la bola con un golpe de taco. Al golpearla de determinada manera le da un efecto que la hace describir una curva.

El jugador determina el impulso inicial, la dirección, la potencia y la forma en que disparará. El efecto y todas las demás

consecuencias son reflejo del golpe dado por él. Puede dispararla de manera que rebote contra una banda y golpee otra bola. Ésta, a su vez, es impulsada en otra dirección y da contra una tercera bola, empujándola a la tronera.

El jugador le da dirección e impulso, y si lo hace con la debida precisión, la banda y las demás bolas la rechazan, haciéndola cambiar de dirección

y dándole un poco más de impulso. La distancia es muy importante. En el espacio la distancia se traduce en tiempo. El espacio en cierto modo determina el tiempo. Dios ha regulado la posición de las estrellas, los planetas, el sol y la luna.

Dios es quien dio comienzo a la partida, y todo se halla tal como Él lo dispuso. Él lo ha preparado todo con su jugada inicial, es decir, mediante la creación de los planetas y demás, el establecimiento de las reglas del juego y la posición de las bolas. Hay que jugar según las reglas de Dios y la posición que Él ha asignado a cada una de las bolas.

Por medio de la Creación Él ha preparado el escenario, o sea los planetas, el sol, las estrellas y demás. Éstos se mueven según los designios de Él. Dicho de otro modo, Él establece el modelo original y las reglas, pero está en nuestras manos sacarle provecho a lo que Él ha establecido. La posición original de todos los elementos es el factor determinante de lo que vaya a suceder luego.

La manera en que disparamos la bola se parece a nuestras oraciones. El impulso, el ángulo o el efecto que se le imprime, la forma de golpear, es semejante a la manera en que decimos o expresamos la oración, o el modo en que le pedimos a Dios que la responda. Puede ser una plegaria bien dirigida y rezada con ímpetu. Pero, ¿de qué forma se espera que Dios la responda? La posición de los planetas o las estrellas que reflejan esas oraciones se asemeja a las diversas personas y circunstancias que intervienen, y la distancia y posición de todos los factores que influyen. Como en el caso de las bolas

de billar, todo está relacionado con el tiempo que hará falta para cumplir lo que se desea.

¿Por qué algunas oraciones tardan tanto en ser respondidas? Volvamos a la mesa de billar: las bolas están numeradas y el jugador tiene que golpear una que tenga cierto número, es decir, tiene que hacerlo en determinada secuencia y en un momento específico.

No se puede golpear una bola hasta que le llegue el turno a su número. Naturalmente, el que numeró las bolas fue ¡el creador! del juego. Uno no determina la posición en que estará cierta bola cuando le llegue su turno. Todo eso depende de la manera en que hayan sido esparcidas al comienzo. Para hacer una buena jugada hay que esperar hasta que la bola propia y aquella a la que toca golpear estén en la posición precisa respecto de la tronera, de modo que sea factible encaminar la segunda bola en la dirección apropiada.

Análogamente, Dios es el jugador que da inicio a la partida, mediante el disparo inicial que esparce las bolas. Y a medida que jugamos, Él también interviene, y con Sus jugadas va cambiando la posición de las bolas. La única diferencia es que Dios no trata de vencernos. Si estamos de Su parte, Él trata de ayudarnos a ganar, como en las partidas por parejas. ¡Nuestro compañero es Dios, y el compañero de nuestro rival es el Diablo! Dios hace Sus jugadas para facilitarnos las cosas.

Es como cuando se juegan dobles: Dios —nuestro compañero— procura prepararnos la jugada. Claro está que por muy bien que lo haga Él, si nosotros no apuntamos con precisión no servirá de nada.

Por otro lado, por muy buena que sea la tacada que demos, la persona indicada tiene que estar en cierta posición para que el golpe tenga buen efecto. Nosotros podemos disparar una y otra vez, pero si el objeto de nuestras oraciones no se encuentra en el ángulo preciso de rebote, éstas no le llegarán.

Además, el hecho de beneficiarse o no de nuestras plegarias depende en gran medida de quien las recibe. Nosotros tenemos que estar en la posición adecuada, y el receptor también. En cierto modo, el Espíritu Santo es la energía de las oraciones. Proporciona la corriente. Pero aunque haya energía, si nuestro transmisor no está funcionando bien, la transmisión será defectuosa. Si hay algún pecado no confesado o no estamos bien sintonizados, es decir, si estamos transmitiendo en una frecuencia indebida, no tendrá efecto.

Tomemos como analogía la radio. Digamos que vamos a emitir un mensaje por radio al otro lado del mundo para que alguien lo capte. En primer lugar, la transmisión no tendrá la menor eficacia a menos que esté conectada a la corriente —el Espíritu Santo, el poder de Dios—, la electricidad, la línea principal.

El transmisor tiene que estar en buenas condiciones. Si está defectuoso o mal sintonizado, o en un canal erróneo, no transmitirá debidamente ni logrará que el mensaje llegue con claridad.

En cambio, si estamos bien sintonizados, el Espíritu Santo lo emite en la dirección debida. Si nuestro transmisor está automatizado y el Espíritu Santo lo dirige totalmente, la propia computadora del Señor —que nunca falla— lo sintonizará con precisión. Le dará la potencia, la dirección, la frecuencia y todo lo demás. Mientras que si tratamos de hacerlo por nuestra cuenta y nos ponemos a mover los mandos y a cambiar los parámetros, es posible que lo echemos todo a perder.

Además, el satélite —que representa la voluntad de Dios— debe estar en la posición precisa para retransmitir el mensaje al receptor, y éste debe encontrarse en la posición debida para

poder captarlo. El satélite describe una órbita fija que no puede variarse. Equivale al plan general de Dios, que también es fijo. Hay que apuntar hacia esa órbita fija. Así, dependiendo de la eficacia de la oración y de su destinatario —siempre y cuando las condiciones sean adecuadas y se haya apuntado en la dirección en que Dios ya ha enviado el satélite de Su voluntad— se dará en el blanco. Para que dé resultado, es imprescindible enviarla en la dirección que Dios indica.

Hay, pues, muchísimos factores que influyen en el curso de la oración. Naturalmente, esa es una razón —entre otras— por la que no siempre se reciben respuestas inmediatas. Puede que uno mismo la esté obstaculizando o que no sea el momento indicado por Dios, por no encontrarse aún Su satélite en la posición debida. La dificultad bien pudiera estar en el extremo del receptor.

(Pregunta: ¿Qué ocurre cuando la gente hace las mismas oraciones durante años? ¿Es eso necesario?)

Yo creo que con la primera oración basta. Pero se puede continuar orando y recordarle al Señor que uno sigue con el transmisor encendido, que sigue sintonizado a fin de cerciorarse de que Él todavía está transmitiendo o averiguar si ya se ha comunicado con el destinatario. También se puede seguir emitiendo una onda rastreadora con la esperanza de que el receptor en algún momento sintonice y la capte.

En resumidas cuentas, la oración depende de tres factores principales: nuestra posición, la posición de Dios y la de la persona por la cual se intercede. Es decir, que depende de las tres cosas: la bola blanca, la numerada y la tronera. El resultado final no está exclusivamente en manos del emisor ni del receptor. Y Dios ha dispuesto adrede no determinarlo de antemano, sino dejar que éste se vea afectado tanto por nuestra posición como la de la persona por quien pedimos.

La posición de Su satélite es fija, pero la manera en que se utiliza depende de nosotros y del receptor. Dicho de otro modo, Él ha fijado Sus designios en forma general, pero el lugar que ocupemos dentro de ese plan dependerá de nuestra posición y de la del destinatario.

Se parece a un problema matemático: cuanto más complicado es y más factores hay, más difícil se hace descubrir la solución. Cuanto más complejo es el problema y más elementos contiene, más cuesta hallar la respuesta al mismo. En cambio, cuando se trata de una cuenta fácil y sencilla, como puede ser la suma de dos más dos, es fácil dar con la respuesta evidente —cuatro—, porque entran en juego muy pocos factores. En ese caso es simplicísimo obtener la respuesta.

Hay que aguardar a que llegue el momento determinado por Dios. Si se espera hasta ese momento y se dispara bien y en el instante preciso, ¡se obtendrá la respuesta esperada!

Jesús: Creo realmente que eres el Hijo de Dios, y que diste la vida por mí. Te ruego que perdones todos mis pecados. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a entrar. Te pido que me des la vida eterna. Despierta en mí deseos de leer Tu Palabra y de vivir por Ti. Ayúdame a hablarles a los demás de Ti para que ellos también lleguen a conocerte. Amén.



LA OPERADORA

David Brandt Berg

¿Tenemos conciencia del alcance de nuestras oraciones? Brotan de nuestra boca y llegan hasta cualquier persona por la que queramos orar, donde sea que se encuentre. Da igual de quién se trate y dónde esté: Dios ni siquiera necesita su dirección. Ya la conoce.

Es obra del poder del Espíritu de Dios, y nada es capaz de ponerle límites. ¡Es el elixir celestial! No importa cuál sea el blanco de nuestras plegarias. ¡Es algo portentoso! ¡Cada uno de nosotros posee esa energía!

Es una lástima que no recemos más por la gente. Hay muchísimas personas por las que podríamos orar y a quienes podríamos ayudar. ¿No crees que debemos orar por ellas? Cuando pensamos en alguien, podemos elevar una pequeña plegaria. Es comparable a disparar una luz de Bengala.

El solo hecho de pensar en alguien o en algo no constituye en sí una oración. Un pensamiento es como un empleado a la espera de un mandato, de una orden. Si se queda inmóvil, aguardando, nunca logrará nada. Un pensamiento no es más que un proyecto de oración.

Cuando se reza una plegaria en el nombre de Jesús, ésta corre como si fuera un mensaje-ro. Esa es la diferencia: el solo hecho de pensar en alguien no surte ningún efecto. Hay que darle movilidad a la oración, hay que enviarla diciendo: «Dios mío, te ruego que ayudes a esa persona, en el nombre de Jesús. ¡La quiero mucho y te pido que la asistas!»

Es necesario enviar al mensajero. Tenemos que hacer la oración. Hay muchísimas cosas que dejamos de lograr simplemente porque no rezamos. Pero ni nos damos cuenta.

Cuando pensamos en alguien que queremos o alguien que nos inspira compasión o que sabemos que necesita ayuda, es Dios quien nos comunica ese pensamiento por medio de Su Espíritu Santo.

Es igual que una llamada telefónica. Nosotros hacemos las veces de central, y Dios, desde Su Espíritu, envía la llamada inicial a nuestra mente. Ahora bien, de nosotros depende establecer la conexión para luego transmitir el mensaje a quien vaya dirigido. Pero si tan sólo pensamos en la persona y cortamos la comunicación, ¡es como si le colgáramos el teléfono a Dios!

Diríase que Dios, deseoso de hacer una llamada telefónica, nos da el número para que establezcamos la comunicación. Nosotros somos la operadora. Dios es el que llama, aunque trata de hacer pasar la llamada a través de nosotros porque quiere enseñarnos el verdadero significado de amar.

¡Amar es establecer una conexión entre Dios y alguien que necesita de nuestra atención! Por medio del amor nos convertimos en el enlace entre Dios y esa persona. Cuando testificamos del amor de Dios, Él es quien envía el mensaje. Él quiere transmitirlo a alguien, pero tiene que pasar por nosotros. Nosotros somos la operadora. Y si no conectamos la clavija, si somos perezosos, lentos, negligentes, si no tenemos interés en pasar esas llamadas, no queremos tomarnos la molestia de hacerlo y a causa de ello no conectamos la línea, entonces se corta la comunicación y a la persona jamás le llega el recado, nunca recibe ese amor, y en consecuencia no contesta.

Cuando Dios hace una llamada y la conecta a nuestra conciencia, nos induce a pensar en una persona. Pero luego nosotros tenemos que conectar la llamada y pasársela. Y naturalmente, en el otro extremo de la línea, cuando suena el teléfono el interesado tiene que descolgarlo, escuchar y atender la llamada.

Es hermoso pensar que siendo tan pequeñitos, tan minúsculos e insignificantes, si estamos dispuestos a establecer la conexión, podemos hacer llegar el mensaje a quienquiera que Dios esté llamando.

En primer lugar, uno tiene enchufarse a la corriente para estar en condiciones de establecer el enlace. Pero aun cuando el cable tiene corriente y está conectado al aparato, hace falta que uno lo encienda accionando el interruptor; de lo contrario la corriente no llega.

¡Muchísimo depende de la oración! Mu-
chísimo depende de nosotros. Hay cantidad de personas que están en actitud de espera, que desean recibir la señal, y es verdaderamente lamentable que nosotros no conectemos la línea.

Es tristísimo que fallemos y no pasemos la comunicación, que no accionemos el interruptor y no conectemos la clavija. Tenemos un interruptor en la mente; sólo hace falta accionar-

lo. La corriente procede de Dios. Cuando nos viene un pensamiento, al igual que una telefonista tenemos que enchufar la clavija en el agujero correspondiente, el cual ya está desocupado y preparado para establecer la conexión con el destinatario.

¡Por eso quiere Dios que oremos! Es una verdadera lástima que no lo hagamos y no accionemos el interruptor. Dios llama una y otra vez, pero por culpa de operadoras que no se molestan en atender esas comunicaciones divinas hay personas a las que no les llega el mensaje que Él quiere transmitirles.

Por otra parte, algunos amamos a Jesús, estamos atentos y recibimos la señal; pero luego somos perezosos y no ponemos interés. No conectamos la línea, no pulsamos el botón ni enviamos el aviso al destinatario.

Naturalmente, hay personas al otro extremo que, pese a tener línea, si no descuelgan el aparato y contestan, no reciben el mensaje. Pero si están atentas y expectantes, descuelgan el teléfono y escuchan.

¡Es así de sencillo! Cuando Dios nos induce a pensar en alguien, nos está enviando un mensaje. Nos está llamando por teléfono. Quiere que hagamos las veces de operadora y pasemos esa llamada por medio de la oración. Eso es todo. No podemos obligar a la persona a atender la llamada ni a contestar el teléfono; eso queda más allá de nuestras posibilidades. El receptor tiene que contestar el teléfono. Pero si nosotros no cumplimos con nuestro deber de telefonistas, si no accionamos el interruptor ni pasamos la llamada, ésta no llega al interesado. De manera que para actuar de telefonistas es preciso que enchufemos la clavija y establezcamos el contacto.

Si la operadora es eficiente y cumple con su trabajo como es debido, si conecta la línea y establece la comunicación, el destinatario recibe la llamada, siempre y cuando atienda, responda y con-

teste. ¡La señal —la corriente— está presente en la línea!

Cuando uno ruega por alguien, lo llama y le envía un mensaje, éste parte en esa dirección y hace sonar su teléfono. Uno pasa el recado, transmite telefónicamente a través de la central la razón que recibió de Dios.

El timbre que oye la persona es la voz de Dios que le advierte: «Te estoy llamando. Escúchame, levanta el auricular, tengo algo que decirte.» Pero si no descuelga el aparato, no recibe el recado.

Si no quiere escuchar a Dios ni oír la verdad, si no quiere saber nada de la Salvación y no le interesan las respuestas a sus interrogantes, entonces simplemente se niega a contestar el teléfono.

Si tan solo aceptara la llamada, prestara atención y escuchara, obtendría todas las respuestas que desea, la solución a todos sus problemas, y llegaría a conocer el mensaje de Dios. Pero hay quienes ni siquiera se dignan escuchar.

Claro que hay personas que contestan el teléfono y escuchan un poquito, pero no les interesa el mensaje, no quieren hablar con Dios ni con nosotros. Dicen: «No, eso me tiene sin cuidado, no me concierne», ¡y cortan la llamada enseguida porque no quieren saber nada!

En fin, lo principal es que nosotros somos como telefonistas, somos el enlace entre Dios y los destinatarios de Su mensaje; y si no pasamos la llamada, si no enchufamos la clavija o no oprimimos la tecla, no se establece comunicación.

Una vez que se ha enviado el aviso, le toca contestar a la persona que está al otro lado del hilo. Si ésta no contesta ni escucha, no es culpa nuestra; nosotros no somos más que operadoras. Cuando la telefonista marca el número y no contestan la llamada, no es culpa suya. O si contestan y cuelgan enseguida, tampoco es culpa de ella.

Nosotros somos el enlace entre las dos partes. Nuestras oraciones establecen la conexión. De ahí que tengamos que orar por la gente de forma concreta. No podemos limitarnos a pensar: «Pobre gente, ¡qué pena me da!»

Nosotros somos la operadora. Captamos el mensaje de Dios, que Él nos transmite al pensamiento: «¡Ay, es una bellísima persona! Necesita muchísimo amor y quiere atender esta llamada. Le hace una falta enorme.» Pero si cortamos la comunicación y no pasamos la razón por medio de una plegaria, ¿de qué sirve?

Si en vez de conectar con el número de teléfono correspondiente y transferir la llamada, no hacemos más que apenarnos del destinatario, es como si dijéramos a Dios: «Es una lástima, pero no puedo hacer nada».

Eso se debe a que no creemos en la oración. No tenemos fe en el poder de Dios. Si tuviéramos más fe, emitiríamos la plegaria, pasaríamos la llamada. La telefonista tiene que estar convencida de que la comunicación proviene de Dios, y a la vez creer que va a surtir buen efecto. Luego debe tener fe en que puede hacer la conexión y ponerse al habla con el destinatario. ¿Por qué habría de conectar la línea si no creyera que puede establecer la conexión?

Ahora bien, las operadoras no siempre logran comunicarse. Hay un sinnúmero de obstáculos que a veces lo impiden: malas conexiones, líneas muy ocupadas, poca claridad, o una avería en el otro extremo de la línea.

Se presentan toda clase de complicaciones para mandar el recado, pero hay que hacer el intento. Hay que insertar la clavija y transmitir la llamada. Hay que orar y procurar comunicarse. A partir de ahí, si algo marcha mal en el otro extremo, no es culpa nuestra. De todos modos tenemos la obligación de rezar.

¡Podríamos lograr muchísimo por medio de la oración! El mundo jamás sabrá cuántas cosas no se lograron por no rezar.

Nosotros somos los telefonistas y recibimos el mensaje; pero tenemos que estar convencidos de que éste proviene de Dios. Nosotros mismos debemos dar crédito a ese aviso, sin albergar dudas.

A continuación, es imperioso que estemos persuadidos de que podemos establecer la conexión por medio de nuestras oraciones.

Uno no siempre consigue comunicarse. Ni siquiera una operadora hábil y diligente consigue comunicarse siempre, aunque lo intente una y otra vez. Al menos tiene fe para intentarlo. Así también debe ser nuestra fe.

¿Qué es la fe? La fe es la mano que pulsa la tecla para transmitir el mensaje de Dios al receptor. También se puede decir que es la mano que toma el cable y encaja la clavija en el agujero a fin de establecer la comunicación.

A partir de ahí, las dificultades que se presenten en la llamada no son culpa nuestra. Hemos cumplido con nuestro deber. Nosotros simplemente somos el enlace entre Dios y el destinatario. Ese es precisamente el papel de un testigo del Evangelio.

El testigo es el enlace entre Dios y las demás personas. Es un telefonista que recibe el aviso de Dios y lo toma en serio. Si la operadora no considerase que está recibiendo una llamada de verdad, una llamada legítima, y no estuviese convencida de que debe pasarla, no insertaría la clavija, ¿cierto?

En eso radica la importancia de rezar. La oración es la mano que acciona el interruptor con fe. Si no tuviéramos fe, no rezaríamos, ¿verdad? Si no creyésemos en el mensaje, nos faltaría fe para comunicarlo.

Tenemos una responsabilidad muy grande. Muchísimo depende de nuestras oraciones, porque aunque Dios sea capaz de hacer cualquier cosa, se ha impuesto la limitación de obrar únicamente a través de nosotros. ¡Nuestras oraciones pueden hacer portentos y alterar el curso de la Historia!

De modo que podemos orar por una pobre chiquilla, por un viejo vagabundo, por un dirigente político, por un país o por lo que sea. ¡Podemos invocar a Dios y moverlo a obrar!

La Palabra de Dios dice: «Está el corazón del rey en la mano del Señor; a todo lo que quiere lo inclina». Él vuelve el corazón de los gobernantes a favor de Su pueblo. (V. Proverbios 21:1; Esdras 6:22.)

Nuestras oraciones son la mano que acciona el conmutador con fe. Claro que antes que nada hay que tener corriente y una línea de comunicación, de las cuales ya disponemos si tenemos fe y estamos conectados con Dios.

No hay que olvidarse de que, por más que la corriente está presente y la compañía la suministra, si no hacemos la conexión, al receptor jamás le llegará el recado, no se enterará de lo que Dios quiere decirle. Puede que haya corriente y tengamos línea; pero de nosotros depende hacer uso de ellas.

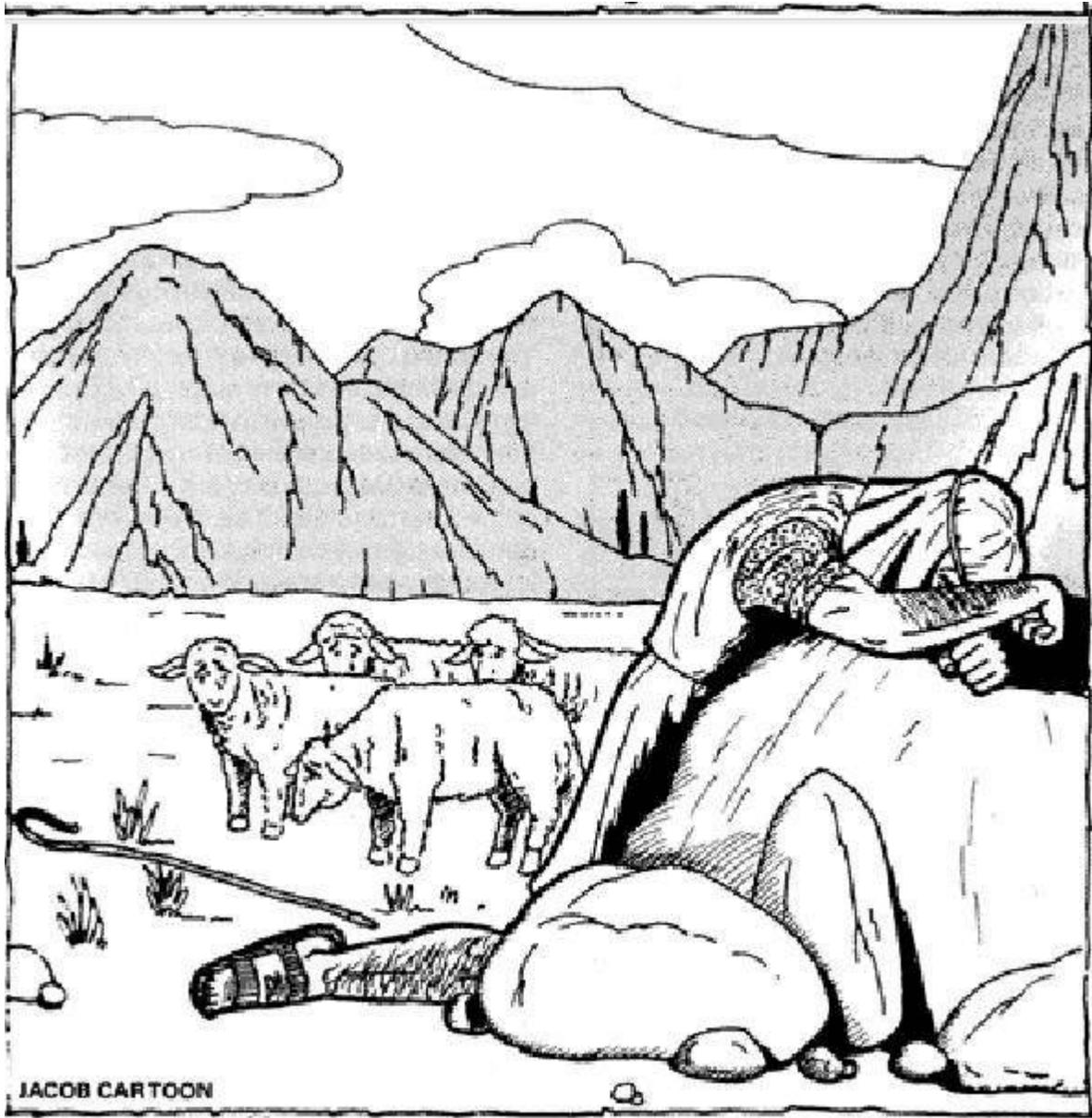
Ten la bondad de orar. Eres el telefonista. Tienes el deber de comunicar el mensaje. ¡No dejes de hacerlo, por favor! De lo contrario alguien podría perderse una importante llamada de Dios. Sé una operadora eficiente. Ora. ¿Qué te parece?

Si aún no te has convertido en ciudadano del Reino de Dios, ¿te gustaría hacer la siguiente oración? Jesús te perdonará todos tus pecados y te regalará Su Salvación:

Jesús, sé que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a entrar. Te ruego que me perdones todos mis pecados y me des Tu regalo, la Vida Eterna. Lléname de Tu Espíritu Santo para que yo también pueda ser uno de Tus telefonistas, y así orar por los demás y hablarles de Tu inmenso Amor. Amén.

EL PODER DE LA ORACIÓN PERSEVERANTE.

Andrew Murray



“También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar” ... 6-7 Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia” Lucas, 18:1-8.

De todos los misterios del mundo de la oración, la necesidad de la oración perseverante, es uno de los mayores. Que el Señor, Quien es tan amoroso y que tanto anhela bendecir, tenga que ser suplicado vez tras vez, a veces año tras año, antes, que llegue la respuesta, es algo que no podemos fácilmente comprender, Es también una de las más grandes dificultades prácticas en el ejercicio de la oración de fe. Cuando después de larga perseverancia en la súplica, nuestra oración queda aún sin contestación, es a menudo más fácil para nuestra vida holgazana y carnal, y tiene además toda la apariencia de una piadosa sumisión, el pensar que ahora debemos cesar de orar, porque puede que Dios tenga Su razón secreta para no dar Su contestación a nuestra petición.

Es solamente por la fe que la dificultad puede ser vencida. Cuando una vez la fe se ha afirmado sobre la Palabra de Dios y el Nombre de Jesús, y se ha entregado a la dirección del Espíritu para buscar únicamente la voluntad y el honor de Dios en su oración, no es necesario que sea desalentada por la demora. Por las Escrituras se sabe que el poder de la oración de fe es sencillamente irresistible: la fe real jamás puede sufrir desengaño. Sabe que, justamente, como el agua, para reunir el poder irresistible que puede poseer, tiene que juntarse y acumularse hasta que la corriente pueda descender en plena fuerza, así también, tiene con frecuencia que haber un acumulamiento de oración, hasta que Dios ve que la medida se ha llenado, y entonces la contestación viene. Sabe que, justamente así como el sembrador tiene que dar sus diez mil pasos, y sembrar sus diez mil semillas, cada una de las cuales es una parte de la preparación para la cosecha final, así también hay una necesidad para la súplica muy repetida y perseverante, cada orla de las cuales contribuye a producir alguna bendición deseada. Sabe con certeza que ni una sola plegaria de fe puede fallar en su efecto en el cielo, sino que tiene su propia influencia, y es atesorada para producir una contestación a su debido tiempo para aquel que persevera hasta el fin. Sabe que no tiene que ver con pensamientos ni con posibilidades humanas, sino con la Palabra del Dios viviente. Y así, a semejanza de Abraham, quien por durante tantos años «en esperanza creyó aun contra la esperanza», y luego «por medio de la fe y la paciencia, heredó la promesa», estima que “la tardanza” del Señor es la salvación, esperando y apresurando hasta la venida de su Señor para cumplir Su promesa.

Para que podamos, cuando la contestación a nuestra oración no viene en seguida, combinar la paciencia tranquila y la confianza gozosa en nuestra oración perseverante, tenemos que procurar especialmente de comprender las dos frases en las cuales nuestro Señor declara el carácter y la conducta, no del juez injusto, sino de nuestro Dios y Padre, hacia aquellos, a clamar a El día y noche: «Aunque El se tarde acerca de ellos: El los defenderá prestamente». El los defenderá, prestamente, el Maestro lo dice. La bendición está toda preparada; no solo está El pronto, sino lo más deseoso de darles lo que ellos piden: el eterno amor arde con el deseo anhelante de revelarse plena y completamente a su amado y de satisfacer sus necesidades. Dios no demorará un solo momento más de lo que es absolutamente necesario: El hará todo lo que pueda para apresurar y hacer que sea rápida la contestación.

¿Pero, por qué, si todo esto es verdad, y si Su poder es infinito, por qué se prolonga tanto la demora con frecuencia, en cuanto a la contestación de la oración? ¿Y por qué es que los mismos escogidos de Dios, tan a menudo, en medio del sufrimiento y el conflicto tienen que clamar día, y noche? Es Su “la tardanza” acerca de ellos. ¡He aquí que el labrador espera largamente el precioso fruto de la tierra y es paciente acerca de él, hasta que reciba las primeras y las últimas lluvias! El labrador espera, en verdad, con ansias, su cosecha, pero sabe bien que tiene que esperar todo su período necesario de resplandor de sol y de lluvia, y tiene así prolongada paciencia.. Un niño con tanta frecuencia desea arrancar la fruta cuando aun está medio verde, el labrador sabe esperar el tiempo necesario. El hombre también, en su naturaleza espiritual, está bajo la ley del crecimiento gradual que reina en toda la vida creada. Es solo por el camino del desarrollo que puede llegar a su destino divino. Y es el Padre, en Cuyas Manos están los tiempos y las estaciones, Quien únicamente conoce el momento cuando el alma o la Iglesia ha madurado hasta esa plenitud de fe, en la cual puede en realidad recibir y retener la bendición. Así como un padre desea únicamente tener a su único hijo que está cumpliendo su curso escolar otra vez a su lado en el hogar, y no obstante espera pacientemente hasta que el período de su educación ha terminado, así es también con Dios y Sus hijos. El es el Padre paciente y contesta rápidamente.

La percepción de esta verdad, conduce al creyente a cultivar las correspondientes disposiciones: la paciencia y la fe, el esperar y el apresurarse, son el secreto de su perseverancia. Por la fe en la promesa de Dios, sabemos que tenemos las peticiones que Le hemos solicitado. La fe recibe y mantiene asida la contestación en la promesa, como una posesión espiritual invisible, se regocija en ella y da gracias y alabanzas por ella. Pero existe una diferencia entre la fe que así retiene ya la contestación, y la más clara, más plena, más madura fe que obtiene la promesa como una experiencia actual. Es en la oración perseverante, no incrédula, sino confiada de alabanza, que el alma crece y alcanza esa plena unión con su Señor la cual puede entrar en la posesión de la misma bendición en El.

Puede que existan, en los que están en derredor nuestro, puede que existan en ese gran sistema de existencia de que formamos parte, puede que haya en el gobierno de Dios, cosas que tienen que ser rectificadas por medio de nuestra oración, antes que pueda venir la contestación en su plenitud: la fe, que, obediente al mandato, ha creído que ya ha recibido, puede conceder que Dios ocupe el tiempo necesario; porque sabe que ha prevalecido y que tiene que prevalecer. Es una tranquila, persistente, determinada perseverancia continúa en oración con acción de gracias hasta que llega la bendición. Y así vemos combinadas esas potencias que a primera vista parecían tan contradictorias: la fe que se regocija en la contestación del invisible Dios como una posesión actual, con la paciencia que clama día y noche hasta que esa contestación sea revelada. La rapidez de “la tardanza” de Dios, se encuentra con la fe triunfante pero paciente de Su hijo que espera.

Nuestro gran peligro en esta escuela de la contestación demorada es la tentación de pensar que, después de todo, tal vez no sea la voluntad de Dios darnos lo que hemos

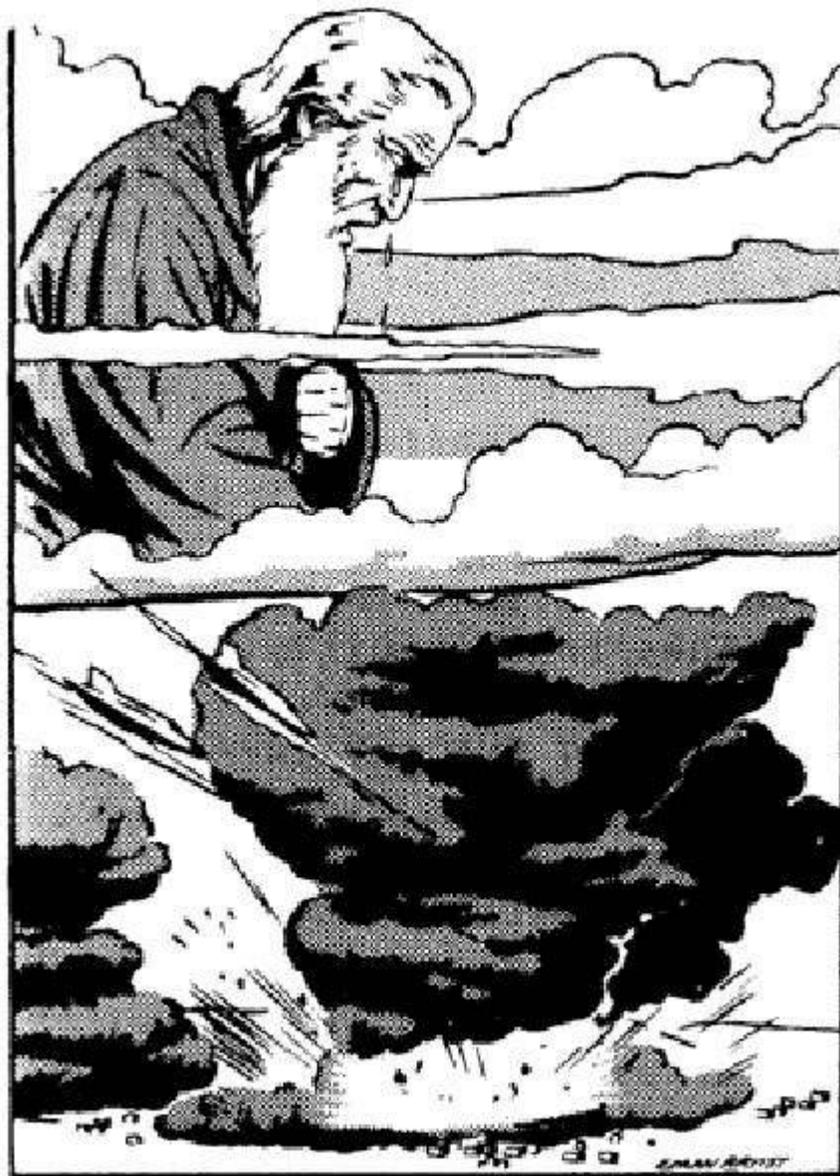
pedido. Si nuestra oración ha estado y está de acuerdo con la Palabra de Dios, y bajo la dirección del Espíritu, no nos abandonemos a esos temores. Aprendamos a concederle tiempo a Dios. En Su trato con nosotros, Dios necesita tiempo. Si solamente Le damos tiempo, es decir, tiempo en la comunión diaria con El para que El pueda ejercer toda la influencia de Su Presencia sobre nosotros, y si concedemos tiempo, día por día, en el curso de nuestro esperar, para que la fe demuestre su realidad y para henchir y llenar todo nuestro ser, entonces El mismo nos conducirá de la fe a la visión: y veremos nosotros la gloria de Dios. No permitamos que ninguna demora sacuda nuestra fe. Acerca de la fe es para siempre exacto, que “primero es la hierba, luego la espiga, después el grano lleno en la espiga” (Marcos, 4: 28) Cada oración de fe conduce un paso más hacia la victoria. Cada oración de fe contribuye a madurar el fruto y acercarnos más a ello: contribuye a llenar la medida de la oración de fe, medida conocida solamente por Dios: vence a los impedimentos en el mundo invisible apresura la llegada del fin. ¡Hijo de Dios! concédele tiempo al Padre. El sabe por qué “se tarda” acerca de ti. El desea que la bendición sea rica, abundante y segura: concédele tiempo, mientras tú clamas día y noche. Solo recuerda esa palabra: «Os digo que El los defenderá, prestamente».

La bendición de la oración perseverante es indecible. No hay nada que tanto escudriña el corazón como la oración de fe. Le enseña a descubrir y confesar, y a renunciar todo aquello que la impide la venida de la bendición: todo lo que pueda existir que no esté de acuerdo con la voluntad del Padre. Conduce a una más íntima comunión con Aquel Quien únicamente pueden enseñarnos a orar, y conduce a una más completa entrega de sí mismo renunciando a todo otro abrigo y mérito, confiado solo en la Sangre derramada y en el Espíritu. Nos llama a una vida de más íntimo y más sencillo permanecer en Cristo.

¡Cristiano! concédele tiempo a Dios. El perfeccionará todo lo que a ti concierne. «“la tardanza”, “prestamente”», esas palabras son el santo y seña de Dios al entrar tú por las puertas de la oración; sean esas palabras tu santo y seña también. Y sea así, bien que pidas por ti mismo o por otros. Toda labor, sea física o mental, requiere tiempo y esfuerzo; tenemos que entregarnos a nosotros mismos al esfuerzo. La Naturaleza descubre sus secretos y concede sus tesoros únicamente a la labor diligente y meditada. Por poco que lo podamos comprender, en el cultivo espiritual la misma ley impera: la simiente que sembramos en el suelo del cielo, los esfuerzos que hacemos, y las influencias que procuramos ejercer en el mundo superior, requieren todo nuestro ser, tenemos que entregarnos a la oración. Y retengamos esa gran confianza que «a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gálalas, 6:9).

Y aprendamos especialmente esta lección cuando oramos por la Iglesia de Cristo, Ella, como la pobre viuda, en la ausencia de Señor, está aparentemente a la misericordia de su adversario, indefensa e imposibilitada para obtener justicia. Así, pues, cuando oramos por Su Iglesia, o por cualquier porción de ella, que ahora está bajo el poder del mundo, cuando pedimos que El la visite con las potentes energías de Su Espíritu y que la prepare para Su venida, oremos en esta segura y firme fe: la oración, en toda verdad, ayuda; el seguir orando sin desmayar traerá la contestación. Concedámosle tiempo a Dios. Y sigamos clamando día y noche: « Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no

hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia.».



Cortesía de Cursosbiblicos2000@yahoo.es

VIDA Y OBRA DE GEORGE MÜLLER

El autor de la entrevista anterior, habló de los siguientes detalles particulares acerca de la vida de George Müller: El fundador de la Casa de Huérfanos Ashley Down, en Bristol, Inglaterra, nació en Prusia, el 17 de Septiembre de 1805. En su juventud vivió una vida impía y atea, pero con veintiún años de edad se convirtió súbitamente a Dios durante una reunión de oración en la casa de un piadoso comerciante. Poco tiempo después llegó a Inglaterra, no trayendo con él ninguna carta de presentación, ni dinero, ni nombre, ni recomendación, y solamente con un muy limitado conocimiento de la lengua inglesa. ¿Qué fue, pues, lo que le impulsó a venir hasta aquí? *Traía a Dios con él.* Poco después de establecerse, escribió en su periódico, “*Mi vida entera será un servicio para el Dios Vivo.*” Sus principios estaban profundamente arraigados en la Santas Escrituras, y siempre se apegó a ellas a lo largo de toda su longeva vida. Nunca pidió la ayuda de nadie y nunca se negó a prestarle ayuda a quien la necesitase. Sus oraciones de fe fueron firme y sólidamente respondidas recibiendo *más de un millón y medio de libras esterlinas*, (US \$7.500.000) para la edificación y mantenimiento de la “*Casa de Huérfanos de Dios*”, para sus viajes misioneros, y para la distribución de las Escrituras.

En sus casas, diez mil huérfanos que vivían en la miseria, han sido formados, educados, y enviados al mundo. En su avanzada edad había viajado cerca de doscientas mil millas alrededor de cuarenta y dos países, predicando el Evangelio a tres millones de personas. Habiendo servido así a Dios en su día y generación, su espíritu, igual que el de Moisés, fue llevado por Jehová, estando a solas en su habitación, en las tempranas horas de la mañana del 10 de Marzo de 1898. A la edad de noventa y tres años. “*Vida Te demandó, y se la diste; Largura de días eternamente y para siempre.*” (Salmos 21:4).

RESPUESTAS A LAS ORACIONES

Algunas de las muchas e impresionantes respuestas a las oraciones que George Müller recibió durante su ajetreada vida y que están contenidas en sus narrativas, son las siguientes.

13 de Junio de 1853 –

Estábamos con muchas carencias. No debíamos nada, tampoco es que estuviéramos sin un centavo; todavía teníamos sesenta dólares disponibles; pero era necesario comprar harina, de la cual adquirimos normalmente diez sacos de una sola vez, cuatro mil doscientas libras de avena (más de dos mil kilogramos), y cuatrocientas pastillas de jabón. Además, se estaban realizando muchas pequeñas reparaciones en la casa, con un cierto número de trabajadores, cuyos honorarios rondaban en unas 280 libras por semana. Y encima de todo esto, el sábado, antes de ayer, me di cuenta de que el sistema de calefacción necesitaba ser reparado y que costaría, muy probablemente, unas 100 libras. Así que sería necesario, humanamente hablando, tener a mano unas 500 libras para hacer frente a estos pesados gastos extras. Pero yo no tenía forma “humanamente posible” de obtener ni tan siquiera doscientos centavos— mucho menos 500 libras.

Y para colmo, hoy era lunes, cuando normalmente los ingresos son muy escasos. Pero cuando me dirigía a la Casa de Huérfanos hoy por la mañana, orando de camino, le expuse particularmente al Señor en oración, que en este día, aunque fuese lunes, Él podía enviarme mucho más. Y así fue, esa mañana recibí 1500 libras para el servicio del Señor, mucho más de lo necesario. El gozo que tuve no puedo describirlo. Recorrí mi habitación de arriba abajo durante un largo tiempo, lagrimas de gozo y gratitud al Señor corrieron como una lluvia por mis mejillas por toda Su bondad, y me postré rendido de nuevo, con todo mi corazón, ante Él por Su bendito favor. Casi nunca sentí tan intensamente la bondad del Señor dándome su ayuda.



Las cinco Casas de Huérfanos, Ashley Down en Bristol.

30 de Septiembre de 1868 – Recibí de Yorkshire 250 libras. También hoy hemos recibido 5000 libras para la obra del Señor en China. Acerca de estos donativos es preciso señalar, que durante meses he tenido el ardiente deseo de empeñarme más que nunca en la obra misionera en China, y he dado los pasos necesarios para llevar a cabo mi deseo, entonces me han llegado a la mano estos donativos. Esta preciosa respuesta a la oración por recursos, debería ser una motivación especial para todos aquellos que están comprometidos en la obra del Señor, y que necesitan Sus recursos para llevarla a cabo. Esto nos prueba de nuevo que, si nuestra obra es Su obra, y le honramos mirándolo sólo a Él y esperando de Él, los recursos para llevarla a cabo, Él ciertamente a Su tiempo y a Su manera, los suplirá.

El gozo de ver respondidas las oraciones, no tiene descripción posible y el ímpetu que aportan en la vida espiritual es enorme. La experiencia de estas bendiciones son las que yo deseo para todos mis lectores Cristianos. Si tú verdaderamente crees que el Señor Jesús es el salvador de tu alma; si andas rectamente y no guardas iniquidad en tu corazón; si pacientemente sigues esperando, y poniendo tu confianza en Dios, las respuestas a tus oraciones serán otorgadas con toda certeza. Es posible que tu no hayas sido llamado a servir al Señor de la misma manera que lo fui yo, y es por eso que quizá nunca tengas las mismas respuestas a oraciones específicas como las que aquí se registran; pero en tus diferentes circunstancias, tu familia, tus negocios, tu profesión, en tus actividades en la iglesia, en tu trabajo para el Señor, sí debes obtener respuestas claras como las que aquí están registradas.

4 de Septiembre de 1869 –

Solamente poseía un centavo en mi bolsillo esta mañana, ¡Medita esto por

un instante, querido lector! ¡Solo tenía en mis manos un centavo cuando el día comenzó! Piensa esto, y piensa en que cerca de 1400 almas deberían ser alimentadas. Ustedes, hermanos pobres, que tienen seis u ocho niños y salarios bajos, piensen en esto, y ustedes, mis hermanos que no pertenecen a las clases trabajadoras, pero con medios muy limitados, ¡piensen en esto! *¿No puedes hacer tú, lo mismo que nosotros hacemos, bajo tus obstáculos y problemas?* ¿No te ama tanto a ti el Señor, como nos ama a nosotros? ¿No nos ama Él tanto a nosotros Sus hijos como amó a Su Hijo primogénito, como está escrito en Juan 17:20-23? ¿O somos nosotros mejores que vosotros?... Pues bien, escuchemos entonces, cómo Dios socorrió la situación, cuando *solamente tenía un centavo* en el bolsillo, en aquella mañana.

Poco después de las nueve de la mañana recibí 5 libras provenientes de una hermana en el Señor, de la que no recuerdo el nombre del lugar donde mencionó que residía. Entre las diez y las once me fue enviada una bolsa de las Casas de Huérfanos, en donde había una nota escrita diciendo que eran necesarios 6 libras para hoy. *Aun no había terminado de leer esto* cuando paró un carruaje en frente de mi casa, y un caballero, de la vecina ciudad de Manchester, se presentó. Supe que era un creyente, que había venido a tratar de algunos negocios en Bristol. Él había oído acerca de las Casas de Huérfanos, y expresó su sorpresa de cómo sin ningún sistema regular de recolección de dinero, y sin contribuciones personales, simplemente a base de fe y oraciones, yo había obtenido más de 10.000 libras anuales para la obra del Señor. Este hermano, a quien yo no había visto nunca antes, y del que ni tan siquiera sabía su nombre antes de que viniera, me ofreció 10.00 libras, como ilustración de lo que yo le había relatado.

28 de Julio de 1874 –

“Me ha parecido por meses, como si el Señor nos quisiera traer al estado en el cual permanecemos por más de diez años, desde Agosto de 1838, hasta Abril de 1849, en los cuales tuvimos día tras día, casi sin interrupción, que esperar mirándolo solamente a Él para que supliera nuestras necesidades día tras día, y en una gran parte de las veces, de una comida a otra. Las dificultades me parecen de hecho muy grandes, una vez que la institución es hoy en día veinte veces más grande de lo que era entonces, y nuestras adquisiciones y compras tienen que ser hechas al por mayor; al mismo tiempo, me conforta saber que Dios toma cuidado de todo esto, y que si esta es la manera en como es glorificado Su nombre, y para el bien de Su iglesia y del mundo no convertido, yo estoy, por Su gracia, dispuesto a seguir por esta vía, y de seguir haciéndolo así hasta el final de mi vida. Los fondos de dinero se gastan rápidamente; pero Dios, nuestro infinito y rico

Tesoro, es el que nos mantiene. Esto es lo que me da paz.

“Si a Él Le place que haga de nuevo un trabajo que requiera cerca de 222.000 libras por año al final de mi vida, y que ya hice desde 1838 hasta 1849, no solo estoy listo y preparado para hacerlo, sino que de nuevo me sentiría feliz de pasar por todos esos obstáculos de fe, como medios para llevarlo a cabo, con tal de que Él sea glorificado, y Su iglesia y el mundo sean beneficiados. Una y otra vez ha pasado este último punto por mi mente, y me he puesto a mí mismo en una posición sin salida alguna. Tengo frente a mi dos mil cien almas no solamente en la mesa, sino con todas las demás necesidades por ser provistas, y con todos los fondos acabados, ciento ochenta y nueve misioneros para ser asistidos, y nada puede quedarse sin suplir, cerca de cien escuelas, con cerca de 9.000 alumnos en ellas, a quienes hay que cubrir todas sus necesidades, y sin medios a la vista para hacerlo; cerca de cuatro millones de boletines informativos y decenas de miles de copias de las Sagradas Escrituras que tienen que ser enviadas todos los años, y todo el dinero ha sido gastado. Siempre, sin embargo, enfrentándome con estas probabilidades, me digo a mí mismo: Dios, que ha erguido esta obra a través de mis manos, Dios que me ha guiado regularmente año tras año, para engrandecerla, Dios que ha soportado esta obra desde hace más de cuarenta años, continuará socorriéndola y no permitirá que sea avergonzado, porque yo estoy seguro y pongo mi confianza en Él, le entrego y deposito toda la obra en Él, y Él me seguirá supliendo todo lo que necesite en el futuro también, aunque no pueda comprender cuales son los medios que emplee para enviar lo que requerimos.

Samuel Chadwick, en su más inspirado libro, *El Camino de la Oración*, relata una ocasión cuando el Dr. A. T. Pierson fue convidado por George Müller a la casa de huérfanos. Dice así: “Una noche cuando todos en la casa ya se habían retirado él (Müller) pidió a Pierson que se juntase con él en oración. Le contó que no había absolutamente nada en casa para el próximo desayuno en la mañana. Mi amigo intentó dialogar con él y recordarle que todas las tiendas se encontraban cerradas. Müller sabía eso perfectamente. Él oró como siempre lo hacía, y no le contó a nadie sus necesidades sino a Dios. Los dos oraron –en fin, Müller lo hizo– y Pierson lo intentó.

Se fueron a la cama y durmieron, y el desayuno *para dos mil niños se encontraba en la mesa tan abundante como solía serlo* a la hora del desayuno. Ni Müller ni Pierson llegaron a saber de dónde había salido la respuesta a sus oraciones. La historia le fue contada en la mañana siguiente a Simon Short de Bristol, bajo la promesa de guardar el secreto

hasta la muerte del benefactor. Los detalles del caso son impresionantes, pero todo lo que precisamos contar aquí es que el Señor lo llamó para que saliese de su cama en medio de la noche para enviar el desayuno a la Casa de Huérfanos de Müller, y no sabiendo nada acerca de la necesidad que tenían, ni de las oraciones que estos dos hombres habían hecho, envió provisiones que darían para llenar las despensas de alimentos durante un mes entero. Este es el mismísimo Señor Dios de Elías, y aún más, el mismo Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

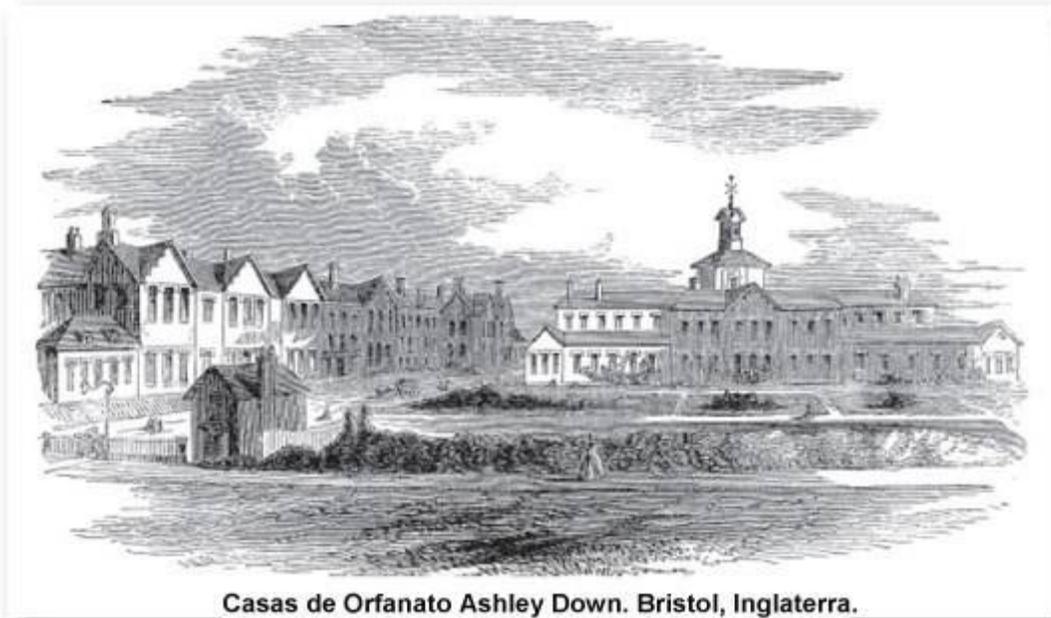
Charles Inglis, el bien conocido evangelista, relata el siguiente curioso incidente: “Cuando vine por primera vez a América hace treinta y un años atrás, crucé el Atlántico con el capitán de un buque que era uno de los hombres más devotos que alguna vez conocí; y cuando sorteamos los bancos de arena de Newfoundland me dijo: “Sr. Inglis, la última vez que navegué por aquí, hace cinco semanas atrás, sucedió una de las cosas más extraordinarias que revolucionaron toda mi vida Cristiana. Hasta esa fecha yo no era más que uno de esos cristianos comunes. Tuvimos un hombre de Dios a bordo, George Müller, de Bristol. Yo había estado en aquel puente de vigilancia durante veintidós horas seguidas y nunca salí de allí. Alguien me llamó la atención tocando levemente mi espalda. Era George Müller.

“Capitán, dijo él, vengo para decirle que necesito estar en Quebec el sábado por la tarde.” Era miércoles. “Eso es imposible,” le dije. “Muy bien, si su barco no puede llevarme, Dios encontrará la manera de locomoción para que llegue a tiempo. Nunca he faltado a un compromiso en cincuenta y siete años.” “Bien quisiera ayudarlo, pero ¿cómo podría hacerlo? No tengo manera.” “Bajemos a la sala de embarque y oremos,” dijo él.

“Yo mire a este hombre”. Y pensé para mí mismo, “¿de qué manicomio habrá salido éste? Nunca había escuchado una cosa igual,” “Sr. Müller, le dije, ¿sabe usted cuan densa es esta niebla? “No, replicó él, mis ojos no están puestos en cuan densa es esta niebla, sino en el Dios Vivo quien controla todas las circunstancias de mi vida.” Él se arrodilló, y oró una de las más sencillas oraciones. Y pensé para mí mismo, “esto más parece una aula de niños, donde éstos no tienen más que ocho o nueve años.” El contenido de su oración era más o menos este: “OH Señor, si es de acuerdo a Tu voluntad, por favor haz que desaparezca esta niebla en cinco minutos. Tú conoces mi compromiso Tu harás que llegue a Quebec el sábado. Yo sé que esa es tu voluntad.”

Así que terminó, yo también iba a comenzar a orar, pero el tocó mi espalda y me dijo que no orase. “Primero,” dijo él, “usted no cree que Dios vaya a hacerlo; y segundo, Yo creo que Él ya lo ha hecho. Así que no hay necesidad de que usted ore por este asunto.” Yo le miré, y George Müller

dijo así: “Capitán, yo conozco a mi Señor desde hace cincuenta y siete años y no ha habido un solo día en que me haya defraudado, y, además, en Quebec, tengo una audiencia con el Rey, levántese, Capitán, y abra la puerta, y comprobará por sí mismo que la niebla ha desaparecido” Yo me levanté, y la niebla ya no estaba. El sábado por la tarde George Müller se encontraba en Quebec.



LA VERDADERA FE, POR GEORGE MÜLLER

Es, pues, la fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía. Hebreos 11:1,3.

Primero

¿Qué es fe? En la simple manera que yo soy capaz de expresarlo: Fe es la certeza de que las cosas que Dios ha dicho en Su Palabra son verdad, y la plena confianza y absoluta persuasión de que Dios actuará de acuerdo a lo que ha dicho en Su Palabra. Esta seguridad, esta dependencia en la Palabra de Dios, esta confianza es fe.

Ninguna emoción o sentimientos deben ser tenidos en cuenta en conexión con la fe. Las emociones y los sentimientos no tienen nada que ver con la fe. La fe tiene que ver con la Palabra de Dios. No son las emociones, fuertes o débiles, que hagan diferencia alguna. Nosotros actuamos y nos guiamos por la Palabra escrita y no por nosotros mismos o nuestras emociones.

Las probabilidades no deben ser tomadas en cuenta. Hay muchas personas que tienen la voluntad de creer con respecto a las cosas que les parecen probables a sus ojos. Pero la fe no tiene nada que ver con probabilidades. La frontera de la fe empieza donde las probabilidades acaban, donde la vista y los sentidos fracasan. Una gran cantidad de hijos de Dios se vienen abajo y lamentan su falta de fe. Me escriben diciéndome que no tienen sentimientos, ni emociones, no ven la probabilidad de que sus deseos sean cumplidos. Las apariencias no deben ser tenidas en cuenta. La cuestión es –Si Dios lo ha dicho en Su Palabra, será hecho sin sombra de duda alguna–

Y ahora, amados amigos, deben preguntarse ustedes mismos, si han adquirido el hábito de confiar en la Palabra de Dios, en lo más profundo de su ser, y si lo que deseamos o buscamos está alineado con lo que Él ha dicho en Su Palabra.

Segundo: Cómo puede ser incrementada la fe

Dios se deleita en incrementar la fe de Sus hijos. Nuestra fe, la cual en un principio es débil, aumentará y se desarrollará más y más conforme a su uso. Deberíamos, en vez de no querer experimentar pruebas antes de la

victoria y ejercitar la paciencia, estar dispuestos a tomarlas de manos de Dios como un medio. Digo –y lo digo deliberadamente– pruebas, obstáculos, dificultades y a veces incluso derrotas, son el verdadero alimento para la fe.

Recibo cartas de mucho amados hijos de Dios que dicen: “Querido hermano Müller: Le escribo porque soy débil y pobre en fe”. Pues con la misma certeza con la que pedimos que nuestra fe sea fortalecida, debemos tener la disposición de recibir de la mano de Dios los medios para fortalecerla. Debemos permitirle educarnos a través de pruebas, pérdidas y problemas. Es a través de estas pruebas que ejercitamos la fe y que ésta se desarrolla más y más. Dios afectuosamente permite las dificultades, para que pueda desarrollar sin cesar lo que Él desea hacer por nosotros, con la finalidad de que no desfallezcamos, pero si Él permite que soportemos pesares y obstáculos, pérdidas y aflicciones, debemos aceptarlas de Sus manos como evidencias de Su amor y esmero por nosotros, en el desarrollo gradual de aquella fe que Él está procurando fortalecer en nosotros.

La Iglesia de Dios no está despierta para ver cuán bello y maravilloso es Dios, y de ahí proviene la escasez de bendiciones. Oh, amados hermanos y hermanas en Cristo, ¡buscad aprender por vosotros mismos, porque no me llegan las palabras para hablaros de todas Sus infinitas bendiciones! En los momentos más oscuros, estoy listo para confiar en Él, porque sé cuán hermoso y amable y adorable Ser Él es, y si es la voluntad de Dios ponernos a prueba, permitámosle que lo haga, para que comprobemos por nosotros mismos quien es Él, porque Él se revelará a Sí Mismo, y le conoceremos mejor. Llegaremos a la conclusión de que Dios es un Ser maravilloso, admirable, y estaremos satisfechos con Él, y diremos: “Es mi Padre, permitiré que Él actúe como le plazca.

Cuando comencé a permitir a Dios que cuidase de mí, dependiendo de Él solamente, de acuerdo a Su Palabra, y me pasé cincuenta años depositando simplemente en Él mi propia vida, la de mi familia, impuestos, gastos de viajes y todas las demás necesidades, lo hice descansando en la sencilla promesa que encontré en el sexto capítulo de Mateo. **Creí la Palabra, descansé en ella y la puse en práctica. Me aferré a Dios según su Palabra.** Soy extranjero, un extraño en Inglaterra, hablo siete idiomas y podía haberlos utilizado para encontrar un empleo remunerado, sin embargo, yo me había consagrado a la obra del Señor, puse mi confianza en el Dios Quien ha dado Sus promesas, y Él ha hecho conforme a Su Palabra. No me ha faltado de nada –absolutamente nada–. He tenido conflictos y dificultades, y he tenido mi cartera vacía, pero mis gastos han sido siempre cubiertos. He recibido miles y miles de libras, mientras iba

siendo realizada la obra a lo largo de estos cincuenta y un años. Además, con respecto a mi trabajo pastoral, durante los cincuenta y un años pasados he tenido grandes dificultades, grandes obstáculos y perplejidades. Habrá siempre dificultades, siempre obstáculos. Pero Dios me ha sacado de todos ellos, y la obra ha seguido realizándose.

Ahora bien, esto no ha sucedido, como algunos han dicho, porque yo sea un hombre con un gran poder mental, o dotado de una energía y perseverancia especial –esas no son las razones–. **Ha sido porque he puesto mi confianza en Dios**; porque he buscado a Dios, y Él ha tenido cuidado de la Institución, la cual, bajo Su dirección, posee actualmente cien escuelas, con maestros y maestras, y otros departamentos de los cuales ya he hablado anteriormente.

No soy yo quien lleva la carga. Y ahora con mis setenta y seis años, tengo la fuerza física y el vigor mental para llevar a cabo tanto trabajo como cuando era un hombre joven en la universidad estudiando y preparando discursos en latín. Me siento con tanto vigor como en aquel tiempo. ¿Cómo es posible? Pues, porque en la última mitad de siglo de trabajo he sido capaz, con la simplicidad de un niño, de depender, de confiar en Dios. He tenido mis pruebas, pero me he asido de la mano de Dios, y así las he pasado y he sido sostenido. No es solamente que le permitamos, sino que hay también un firme mandamiento que Él nos da, para que echemos todas las cargas sobre Él. ¡OH, vamos, hagámoslo! Mi amado hermano o hermana en Cristo, “*echa sobre Jehová tu carga, y Él te sustentará.*” (Salmos 55:22). Día tras día esto es lo que yo hago. Esta mañana, presenté delante del Señor sesenta asuntos que tienen que ver con la iglesia de la cual soy pastor, y así sucede, día tras día es lo que hago, y año tras año; y así ha sido durante diez años, treinta años, cuarenta años.

No esperes obtener toda la fe de una vez. Desapruebo los maratones para obtener de golpe toda la fe. Yo no creo en eso. *Yo no creo en eso, no creo en eso y ojala entiendas del todo, que yo no creo en eso.* Todas estas cosas espirituales vienen de una forma natural. Lo poco que yo conseguí no lo logré todo de una vez. Todo esto lo digo, particularmente, porque me llegan estas cartas llenas de preguntas de todos aquellos que buscan fortalecer su fe. Otra vez digo, permanece con toda tu alma en la Palabra de Dios, y se te incrementará la fe a medida que vayas ejercitándola.

Una cosa más. Hay algunos que dicen, “OH, yo jamás tendré el don de fe que el Sr. Müller posee.” Esto es un error –es el más grande de los errores– no hay ninguna verdad en esto. Mi fe es la misma clase de fe que todos los hijos de Dios tienen. Es la misma clase de fe que Simón Pedro tenía, y

todos los cristianos pueden obtener la misma fe. Mi fe es la misma fe que la de ellos, aunque la mía pueda ser mayor que la suya debido a que haya sido un poco más desarrollada a través de ejercitarla, pero la fe que tienen es precisamente la fe que yo ejercito, solo que, con respecto al grado, la mía pueda haber sido más fuertemente ejercitada.

Ahora bien, mis queridos hermanos y hermanas, comiencen de forma sencilla. Al principio, yo fui capaz de confiar en el Señor por 10 libras, después por 100, después por 1.000 y ahora, con una gran facilidad, puedo confiar en Él por 1.000.000 si fuese necesario. Pero primero, debo quieta, cuidadosa, y deliberadamente examinar y ver si aquello para lo que estoy confiando, es algo que esté en armonía con Sus promesas en Su Palabra escrita. Si hallo que lo está, las muchas dificultades no serán un obstáculo para mi confianza. ¡Cincuenta y un años, y Dios nunca me defraudó! Confía en Él por ti mismo y comprueba cuán fiel es Él a Su Palabra.